
ENSAYO

LA ETICA DE LA PRIVATIZACIÓN*

Tibor Machan**

En este ensayo, el autor intenta plantear una fundamentación moral de la privatización. Machan sostiene que el argumento pragmático basado en la mayor producción de riqueza que traería consigo este proceso no basta para defenderlo. Lo que sí permite hacerlo, es la demostración de que, a través de esta vía, Occidente recupera su compromiso original de liberar a las personas de acciones e instituciones opresivas. Muchos países han iniciado o están por comenzar un proceso de privatización; de allí la necesidad de una justificación ética y no sólo económica de este proceso.

*Este artículo está basado en la conferencia del 19 de febrero de 1986, dada ante el Simposio sobre la Privatización, organizado por la Cámara Internacional de Comercio y el Instituto Económico de París, en París, Francia.

**Tibor Machan es Profesor de Filosofía en Auburn University, Auburn, Alabama, así como *Senior Fellow* de Reason Foundation y autor, entre otras obras, de *Human Rights and Human Liberties* y *The Main Debate: Communism versus Capitalism*. Su último libro, aparecido recientemente, es *Individuals and Their Rights*.

La privatización emerge de nuestros dos siglos y medio de concepción política liberal occidental. Esta visión define a los individuos y a sus instituciones voluntarias —por ejemplo iglesias, asociaciones profesionales, y sindicatos, etc.— como la fuente de los valores de la civilización. La economía es capitalista y se basa en el derecho a la propiedad privada. El Estado constituye un mecanismo de apoyo, tal como los arbitros lo son en los juegos deportivos. El trabajo de vivir y desarrollar los valores de la vida son tareas para seres humanos. El Estado los asiste cuando se suscitan conflictos.

Pero esta concepción liberal occidental ha carecido de fundamento moral. Ha sido sólo respaldada por la experiencia y el sentido común, y ha conducido a una prosperidad mayor que la de otras concepciones.

Lo que se percibe como incierto y carente de fundamento es la legitimidad de la prosperidad occidental, prosperidad merecida, que no requiere justificación, que no ha sido robada. Por lo tanto, el capitalismo, sistema que el sentido común social asocia con la prosperidad, es rara vez defendido, siempre puesto en duda, nunca exaltado ni alabado como lo es el socialismo en diversos círculos intelectuales y políticos, a pesar de su irrefutable historia de fracasos.

La población mundial que goza de relativa libertad podría alcanzar mayor prosperidad aún, como ha quedado demostrado por el movimiento de privatización. Pero, una vez más, para ello sólo se aducen razones pragmáticas. Incluso los políticos se han convencido, por momentos, que es el sector privado el que debe hacerse cargo de asegurar a las naciones una prosperidad razonable. Pero, porque sus creencias se basan en la opinión de que una economía más libre aumentaría el bienestar general, el problema esencial respecto del mérito moral de la privatización permanece sin respuesta.

El argumento pragmático basado en la producción efectiva de riqueza no constituye la justificación central de Occidente. La privatización, como tal, se debe adoptar no sólo como un medio eficiente para rescatar las economías, sino como la recuperación del compromiso original de Occidente de liberar a las personas de acciones e instituciones opresivas de sus semejantes o de sus gobiernos.

Es esencial comprender, además, la fundamentación moral de la libertad y de la privatización por su valor práctico. La privatización trae consigo ciertos trastornos para diversas personas. ¿Qué se puede decir de los que provoca la privatización en el empleo? Los intereses personales despiertan protestas y reacciones que invocan la compasión y la equidad. Se acusa a aquellos que defienden la privatización de preocuparse sólo de los

intereses financieros comprometidos. ¿No es esto objetable en términos éticos? ¿Se debe sacrificar a algunos por las ventajas que ofrece la privatización? ¿La participación del Estado no asegura acaso mayor preocupación por la equidad y la justicia? A veces se argumenta que quitar un servicio del sector estatal implica que dicho servicio se mantendrá sólo si es rentable. ¿Es acaso correcto ignorar a los que no contribuyen a hacer una utilidad a la empresa privada que toma control del servicio?

La idea de que la libertad de empresa pueda una vez más ser acogida favorablemente por la opinión pública atemoriza a muchos portavoces en los diarios, revistas, libros y programas de radio y televisión. Y su escepticismo —sea éste sincero o mal intencionado— puede resultar muy debilitador si no se supera a través de una defensa moralmente sólida. Sólo una actitud firme respecto de la privatización, que sea convincente e inteligente, podrá lograrlo.

Es necesario mostrar que el libre comercio no es sólo una política útil, sino que es también noble. Si la manifestación más reciente del capitalismo, la privatización, ha de permanecer como una política pública y continua en el mundo no-comunista, y que logre, eventualmente, atraer incluso al cada vez menos rígido bloque soviético, debe mostrar que es moralmente justificable.

Para conquistar la mente y el alma de los hombres se debe apelar a sus inquietudes en torno a la consistencia de ciertos actos políticos relacionados con la forma en que los seres humanos debieran vivir sus vidas, además de considerar los aspectos relativos a su eficiencia.

Comenzaré con la observación elemental de que el comercio constituye el aspecto de la vida por cuyo intermedio hombres y mujeres pretenden mejorar su propio bienestar aquí en la tierra, así como el de sus seres queridos. El comercio es la expresión institucional de la virtud de la prudencia en el ser humano. Una persona prudente cuida de sus necesidades económicas. Probablemente no será éste su objetivo principal en la vida y, desde luego, la prudencia no es la virtud humana más elevada. Sin embargo, el prestar atención a la propia existencia económica es, sin duda, virtuoso. Y, además, es apropiado que esta atención se desarrolle hasta llegar a constituir una institución entre los seres humanos dentro de sus comunidades, cualquiera fuere el tamaño de éstas.

Cualquier esfuerzo, pues, por obstaculizar el comercio está sujeto a objeciones morales importantes. Pero si este impedimento es hecho a la fuerza, es indudable que se está llevando a cabo una mala acción. La prudencia es una virtud humana auténtica y fidedigna en casi todos los principales sistemas del mundo. Aún más: en cualquier sistema moral auténtico

la libertad de elegir entre el bien y el mal es un ingrediente indispensable para la vida moral de una persona. Sin libertad el individuo no puede ser considerado moralmente responsable.

La prudencia, claro está, no es la única virtud. Muchas otras virtudes, tales como el valor, el honor, la honestidad, la justicia, la generosidad, la moderación, y otras afines, tienen tanta o más relevancia moral que la prudencia. Pero también éstas sólo pueden practicarse en una sociedad auténticamente libre. Mientras más libre sea la sociedad, mayores son las oportunidades para comprometerse uno mismo, en el transcurso de la vida, de acuerdo a las exigencias de un agente moral. Mientras más permita una sociedad que algunas personas dictaminen el comportamiento de otras —incluyendo la conducta en el ámbito económico— más limitará la dignidad humana y el grado de responsabilidad individual.

Pero esto no es todo. Si bien es poco lo que puede rebatirse lo anterior, esto carece, no obstante, de empuje moral: todo es verdadero, pero no tiene suficiente fuerza inspiradora. Lo que debe destacarse es que el tipo de vida asociado al comercio no sólo es permisible, sino también es honorable y noble. ¿Cómo puede ello ser así? Adam Smith dio la clave en las siguientes observaciones:

La filosofía moral antigua proponía investigar en qué consistía la felicidad y la perfección de un hombre, considerado no sólo como individuo sino como miembro de una familia, de un Estado, y de la gran sociedad que es la humanidad. En dicha filosofía, las obligaciones de la vida humana estaban supeditadas a la felicidad y perfección de aquélla. Pero cuando la filosofía moral, así como la filosofía natural, pasaron a enseñarse subordinadas a la teología, los deberes de la vida humana fueron considerados, principalmente, en función de la felicidad de una vida futura. En la filosofía antigua, la perfección de la virtud representaba algo que forzosamente conduciría, a quien la poseyese, a la más perfecta felicidad en esta vida. En la filosofía moderna se la consideró, con frecuencia, como algo generalmente inconsistente con cualquier grado de felicidad en esta vida, y el modo de ganar el cielo era a través de la penitencia y el sufrimiento, y no por la observancia de una conducta liberal, generosa y vital. Así, la más importante de las diferentes ramas de la filosofía llegó a ser por mucho la más corrompida.

Las observaciones de Smith sugieren que la ética en que se basa el capitalismo y su derivación actual, la privatización, está insinuada en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. En ella, los derechos a la vida y a la libertad están ligados al derecho a la búsqueda de la felicidad. En efecto, los hombres y mujeres, en cualquier lugar, necesitan libertad política y económica para buscar la felicidad humana en forma diligente, minuciosa, honesta, prudente y valerosa. Lo que debe enfatizarse es, según las palabras de Smith, que "la virtud (debe ser) forzosamente conducente, para la persona que la posea, a la más perfecta felicidad posible en esta vida".

Esa es la finalidad de un sistema ético, a saber: proporcionarle al hombre una orientación con fundamentos y sentido para su vida. Una vez que esta ética ha sido reconocida, nos damos cuenta de que, en efecto, no puede servir de base para el socialismo, el fascismo, el comunismo u otro sistema colectivista, anti-individualista y anticapitalista, sino para la sociedad libre que cuenta con un sistema legal que protege la libertad de pensamiento, la libertad religiosa, el libre comercio, el libre contrato y la libre empresa.

Evidentemente, con frecuencia se ha asociado el capitalismo a la idea de que el hombre es egoísta, sosteniéndose que es el único sistema económico que se adapta adecuadamente a este hecho. Las lecturas más elementales de Adam Smith lo sitúan en esta línea. Fue Karl Marx, por supuesto, quien de modo más relevante ligó el derecho a la propiedad privada con el egoísmo insensible, advirtiendo que "el derecho del hombre a la propiedad es el derecho a gozar de sus pertenencias y disponer de ellas arbitrariamente, sin consideración por sus semejantes, independientemente de la sociedad, es el derecho al egoísmo". Y muchos economistas modernos también identifican el sistema con este tipo de egoísmo duro y rudimentario que han heredado del filósofo inglés Thomas Hobbes. Suelen incurrir en tal apreciación como un esfuerzo desesperado por darle rango científico al capitalismo, suponiendo así que lo que nos conduce a optar por tal sistema es un análisis puro, normativamente neutral y libre de valores.

Sin embargo, la idea económica estrecha del egoísmo es falsa: de hecho, las personas no buscan instintivamente lo que es mejor para ellas, pues si así fuera, viviríamos en un mundo maravilloso. Tampoco saben siempre lo que les es más conveniente; de saberlo, sería de mucho provecho. Más bien, la gente debe invertir mucho esfuerzo para llegar a saber qué es lo mejor, y luego debe trabajar duramente para obtenerlo (si es que lo logra). Pero este tipo de filosofía, inclinada al egoísmo humano o a la felicidad individual, difiere marcadamente de lo que mucha gente entiende

por capitalismo. El problema es apremiante. Una vez más Adam Smith describió muy claramente su naturaleza al decir que:

No es el amor al prójimo ni es el amor a la humanidad lo que en muchas ocasiones nos impulsa a practicar las ... virtudes. Es un amor mucho más fuerte, un afecto mucho más poderoso el que se da en dichas ocasiones: el amor a lo que es honorable y noble, a la grandeza, dignidad y superioridad de nuestra propia naturaleza.

Como lo plantea Smith, una auténtica preocupación por nosotros mismos es una empresa exigente y noble. Nuestra tarea en la vida es la búsqueda de la excelencia humana.

Esto nos brinda una clave para responder a las diversas cuestiones morales suscitadas, (sobre todo) por la privatización. El libre comercio es un requisito necesario para una vida humana digna. Comprometerlo no se justifica, incluso por causas tan nobles como la seguridad laboral, el bienestar social garantizado, el cuidado de una minoría eventualmente marginada, a la que ayudar puede no ser lucrativo, etc. Este tipo de compromiso puede parecer atractivo cuando sólo se considera la situación de esa minoría que no obtiene beneficios inmediatos de la privatización. Pero vemos que un sistema político-económico debe estar al servicio de la moral del desarrollo individual y no del sacrificio personal; entonces se hace evidente que la privatización tiene una sólida base moral, y que sus detractores deben tratar de resolver los pocos problemas que ella acarrea sin comprometerla (o amenazarla).

Quienes deben defenderla en nuestros tiempos son los trabajadores de los sectores libres del mundo, incluyendo aquellas regiones que recientemente han iniciado procesos de privatización. No podemos contar con los intelectuales, cuya mayoría, en muchos casos, vive a expensas del Estado, y que gran número cree que el Estado es muy superior a los agentes del libre mercado en sus intenciones y capacidades.

La defensa de la sociedad libre, incluyendo su manifestación más reciente, la privatización, debe iniciarse en el frente filosófico. No es necesario excluir la mención de los beneficios materiales que dicho sistema tiende a proporcionar a la gente en cualquier sociedad. Pero lo más importante es el hecho que permite que todos tengan la libertad de tomar sus propias decisiones morales en la vida, incluyendo las empresas comerciales, y que tales opciones constituyen un justo esfuerzo por aumentar el bienestar

de los agentes económicos y de quienes les son más queridos en la sociedad: familia, amigos, vecinos (más o menos en ese orden de importancia).

La humanidad no es sólo un cuerpo, no es una persona enorme, cuyo bienestar debemos atender de la misma forma en que nuestros hígados y corazones lo hacen respecto del bienestar de sus dueños. La humanidad está formada por usted y por mí; si no contamos con la independencia de buscar la excelencia humana en la vida, esa tarea no va a ser lograda por persona alguna. Cualquier mensaje que diga lo contrario se sustenta en sueños, no en una clara conciencia de los hechos.

El movimiento de privatización es muy promisorio y debe extenderse todavía mucho más en pro de la liberación de las ideas económicas de los individuos. Sin embargo, no se debe prometer la panacea; se debe eludir la tentación de los utopistas que piensan que sólo un sistema resolverá todos nuestros problemas sociales. El movimiento debe, además y ante todo, destacar su propia legitimidad moral. Sin esto, no será más que una efímera quimera. □